

EL ALABARDERO

Intereses materiales,
Teatros y Salones, Toros, Caza, Regatas, Equitacion, Gimnasia, Esgrima.
TODO POR UN PERRO GRANDE.

Año I.

Sevilla, 1.º de Marzo de 1879.

Núm. 6.º

EL ALABARDERO EN LAS MASCARAS

Sepan todos los que estas líneas leyeren y entendieren que EL ALABARDERO, por no confundirse con el vulgo de las gentes, dejó para Pascua el disfraz y la careta, y no quiso engalanarse este año con los oropeles y bordados de las ropavejerías de calle Tetuan y callejuelas de Regina.

Embozado, pues, en su tabardo, con el chambergo hasta la ceja y en la boca un humeante coracero de cincuenta céntimos, peor que aquellos otros que valian dos cuartos en tiempo de Fíguro, enderezó su paso hácia el Suizo, en tanto que sonaban las oraciones y comenzaba á apiñarse la concurrencia en torno de las mesas de mármol.

Llamó y palmoteó várias veces; trajéronle café cuando ya no llamaba, y *tan y miéntras* que se aligeraba de calórico el consabido cocimiento, se propuso cuerdamente observar lo que á su alrededor tenía, no echando en saco roto ni los diálogos tomados al vuelo, ni las manifestaciones tabernarias y ruidosas de varios señores alborotadores de los que gastan cencerro, ni otras muchas lindezas y dibujos propios de la sazón carnavalesca y señalados con piedra negra en los fastos del sentido comun y de las buenas formas.

Reclinado indolentemente en su asiento, y tapándose el un oído con la mano diestra para poder soportar siquiera aquella sonata discordante de voces y cencerros, palmas y pitos, carcajadas y linternazos, vió pasar ante él mascaritas, máscaras y mascarones, y hasta se permitió entablar con ellos algun que otro picadillo como el siguiente, que ve la luz para solaz y contentamiento de sus lectores:

—¡Adios, ALABARDERO! ¿Me conoces?...—decia un caballere con muchas cruces y bandas, finchado como un pavo real y con una medallita suspendida al cuello.

—Vaya si te conozco,—dice EL ALABARDERO;—tú eres un zapatero disfrazado.... ¡lárgalo! (El caballere se larga.)

Pasa otro, que acaba de dejar la carretela con su correspondiente tronco flamante en la puerta que da á la calle de la Cuna, seguido respetuosamente de otros varios disfrazados de dependientes de puertas, aforadores, lechuzos y otros agentes de la veneranda orden del *Consumo*, por la cual Sevilla come, bebe y arde. Nuestro hombre lleva una pequeña lámpara en el faldon y le huelen las manos á aceitunas y á queso de Flandes; va á dirigirse á EL ALABARDERO; pero nuestro periódico conoce la maniobra, y, señalándole por otro que tal, le grita desde su asiento:

—¡Lárgalo, lárgalo! que te conozco.

Pasan el hombre y su comitiva, y se presenta un abigarrado triunvirato de alcaldes de lugar, que no pueden traer insignias por prohibirlas el bando de buen gobierno, y dicen, dirigiéndose á EL ALABARDERO y echándola de eruditos é ilustrados:

—¡Miradlo, miradlo, *ecce momo, ecce momo!* ¡EL ALABARDERO!...

Nuestro periódico los mira de piés á cabeza: ve bajo el frac de uno várias muestras y cachivaches de quincalla y perfumería; bajo el del otro la botana de un pellejo de vino de la tierra, y fijándose en el que les preside y hace de caporal, nota, por la configuracion del órgano occipital externo y por la manifestacion de ciertos apéndices, que es memo y tonto de capirote.

—¿Nos conoces?—le dicen á coro.

—Vaya si os conozco, borregos municipales,—contesta nuestro semanario.—¡Lárgalo, lárgalo!... (Los alcaldes de carnaval huyen no avergonzados.)

En este punto EL ALABARDERO se levanta, como queriendo decir ¡ole!... (*Es una buena mujer que pasa, como diria Gustavo Bécquer en verso.*)

Es una manola bien vestida, de trapío, con puntas de aristócrata y ribetes de tabernera.

—Adios, ALABARDERO,—le dice;—voy á prohibir que se vendan puros *por mor de lo que me incomoda el humo*.... ¿Me conoces?...

—¡Tate, tate!... ¡ya te conozco!—dijo EL ALABARDERO para su coletito; pero no queriendo perder la *vita*, le habló al oído, apretó su blanca mano y le dijo en tono de reproche cariñoso:

—¡Que si te conozco! Quien no te conozca que te compre.

Siguió á esta mascarita una *troupe* presidida por cierto botarga, que simulaba ser Sancho, gobernador de la insula Barataria, y su cohorte de cortesanos y maestrésalas.

El que hacia de Sancho pasó sin mirar á EL ALABARDERO; pero éste le conoció sin duda, porque exclamó por lo bajo: ¡La sogá tras del caldero!

Varios padres graves con aire de literatos sesudos y con infolios de papel de estraza bajo el brazo; algunos académicos vestidos de lila y plata; muchos sesudos *homes* de la magistratura, y, en fin, toreros, pollos de la *Hig-Glif*, barrenderos y gente menuda desfilaron poco á poco ante el paciente ALABARDERO, que, cansado de la exhibicion, y apurando la última copa de ponche, se quedó dormido sobre la mesa con el sueño tranquilo de los justos.

LA TUNA MADRILEÑA

Por primera vez, desde que apareció nuestro *papelito*, vamos á dirigirnos en tono serio á nuestros lectores, en la seguridad de no ser tachados de inconsecuentes; pues el asunto, como verá el curioso lector (que nunca el lector deja de ser curioso), merece ser tratado con toda formalidad y dejando á un lado, siquiera por unos instantes, la famosa *alabarda*, ya mellada de combatir contra malandrines más ó ménos cómicos y literatos.

Dicho esto por via de prólogo, introduccion ó prefacio, entremos de lleno en el asunto.

Para los espíritus superficiales, para los que sólo ven en las cosas aquello que á primera vista representan, ningun objeto trascendental tienen esas expediciones tan felizmente iniciadas en el año anterior por algunos estudiantes alegres y decididos, con objeto de visitar universidades distintas de aquellas en que cursan sus carreras; mas para aquellos que se detienen á analizar concienzudamente todos los actos humanos, procurando hallar sus causas, y, una vez encontradas éstas, ver las consecuencias favorables ó adversas que de ellas pueden desprenderse en bien ó en perjuicio de la sociedad; para éstos, repetimos, las expediciones estudiantiles, tomando como medio de ponerse en comunicacion con sus compañeros el divino arte de la Música, tienen más importancia que la de simples manifestaciones de alegría. En efecto, no hay peor mal para la sociedad que la ignorancia, y consecuencia de la ignorancia son las pocas relaciones que entre sí tienen aquellos que debían comunicarse hasta sus más íntimos pensamientos. Triste es confesarlo: España, que en otro tiempo caminó al frente del movimiento científico, marcha hoy pesadamente por el camino del progreso, que es la ciencia; y ¿quién sabe si las causas de este atraso no serán, entre otras, la poca comunicacion que entre sí tiene esa clase escolar, que alegre y bulliciosa pasa la vida estudiando y divirtiéndose, sin volver la vista al pasado, sin pensar en un porvenir que á ella sola pertenece? ¿Quién sabe cuánto bien podría reportarse á la sociedad con la terminacion de ese perpétuo alejamiento é incomunicacion de ideas entre jóvenes, hoy oscuros, desconocidos y sin nombre, pero mañana distinguidos, célebres, ocupando todos los puestos, desde los más elevados y populares de la política, hasta los más modestos, pero no ménos dignos, de la magistratura?

Sin duda alguna, inmensos serían los beneficios que de tal conducta se originarían: EL ALABARDERO así lo considera, y desde sus columnas aplaude el pensamiento de las estudiantinas, que estableciendo fraternales relaciones entre alumnos de las distintas universidades, ponen en comunicacion las ideas de tantos jóvenes que, dirigiéndose á un mismo fin, hasta hoy han vivido aislados, sin prestarse el mutuo apoyo que necesitan para que, una vez llegada la hora, puedan ofrecer su poderoso concurso á la grande obra del progreso. Fundados en tales razones, alentamos, á los jóvenes estudiantes para que siguiendo las huellas trazadas hoy por sus compañeros de Madrid emprendan á su vez, en tiempo oportuno, expediciones que les pongan en amistoso contacto con sus compañeros del resto de la Península.

Comprendemos las grandes dificultades que para nuestros estudiantes ofrece el secundar el pensamiento iniciado por los de Madrid, y que entre ellas no es la de menor importancia la escasez de recursos pecuniarios que generalmente va aneja á la clase escolar, pues sabido es que por desgracia las clases ricas de nuestra sociedad no frecuentan los centros de enseñanza á excepcion de algunos, muy pocos jóvenes, que lo hacen, más que por amor á la ciencia, por la vanidad de ostentar un título académico. Si á esto se une la idea del mucho tiempo que ha de trascurrir ántes que los escolares venzan la repugnancia que les inspiran las prestaciones particulares, prestaciones que, en último término, no significan otra cosa que la remuneracion justa y merecida de uno de los trabajos más nobles, del trabajo artístico, comprenderemos cuán digna de elogio es la conducta de los que con verdadera abnegacion inician un pensamiento cuya realizacion tantos obstáculos ofrece. No desmayen, sin embargo, los estudiantes españoles y desechen esos fútiles reparos, nacidos, más que de otra cosa, de las críticas harto severas de que han sido objeto los que hasta hoy se han atrevido á luchar con preocupaciones que carecen de todo racional fundamento. Por eso alentamos á los escolares para la realizacion de esas empresas, que además de la trascendencia que entrañan cuadran perfectamente á su carácter y á su juventud, y tributamos nuestros sinceros aplausos á la Tuna Madrileña por la nobleza de miras con que ha venido á confundirse en

un estrecho abrazo con los estudiantes de Sevilla, quienes á su vez han sabido corresponder como debían á tal deferencia con las más expresivas muestras de cariño, dignamente secundadas por los nobles habitantes de esta ciudad.

REVISTA

EL DUQUE

Lázaro el Mudo, á beneficio del Sr. Quiroga, apareció en el escenario del *modesto*: drama del antiguo repertorio y del antiguo gusto, visto y revisto, nada ofrece hoy á la consideracion de EL ALABARDERO sino el desempeño que le cupo en suerte por parte de los señores artistas.

La Sra. D.^a Matilde Ruiz de Galvan hizo su papel con discrecion y acierto. El Sr. D. Francisco Galvan, mientras estuvo mudo, caracterizó el suyo casi con perfeccion, siendo muy aplaudido y justamente; pero cuando rompió á hablar no parecía sino que quería indemnizarse del forzoso silencio y convencer al público de que ya no estaba mudo, lo que logró fácilmente dando tortura á la laringe propia y á los oídos ajenos. El Sr. D. Federico Carrascosa ménos mal que de costumbre; y crea el señor D. Federico que EL ALABARDERO no le tiene enemiga alguna, ántes, por el contrario, lamenta que muchas de sus buenas condiciones queden oscurecidas por defectos que puede corregir con sólo quererlo: el tono enfático y *calvesco*, la afectacion, el doblar la cabeza siempre sobre el hombro derecho y la inseguridad con que está en escena pueden desaparecer, y desaparecerán seguramente, mediante la constancia y el estudio. El Sr. D. Federico tiene buenas maneras, modula bien y siente alguna cosita, y es lástima que por accidentes externos dé causa á la severidad de la crítica imparcial. Medite en el consejo el Sr. Carrascosa, y si le desagradare por ser alabarderesco, imagine que se lo da su mejor amigo. El señor beneficiado no descompuso el cuadro y merece bien del *papelito*, relativamente; que, aún siendo monedas, nadie repara si es ó no falso un perro chico, y todo el mundo pesa las onzas para asegurarse de que están completas. Los demás señores cómicos, que ayudaron á hablar á *Lázaro*, están exentos de la alabarda por la insignificancia de sus papeles.

Hay un refrán, y si no lo hay debe haberlo, y para eso lo inventamos ahora, que dice, ó debe decir: *Dos ó tres beneficios por semana, la Cuaresma está cercana*; porque la verdad es que lo está, y que al del Sr. Quiroga siguió el de la Srta. Rubio, exhumando para ello *Cómo empieza y cómo acaba*, la obra más desdichada del insigne Echegaray.

En ella la Sra. D.^a Matilde Ruiz de Galvan satisfizo por completo las exigencias del más encopetado crítico, excepto en el monólogo del acto tercero, que no fué comprendido. El repugnantísimo papel de Magdalena fué interpretado por la primera actriz con grande habilidad y conocimiento, suavizando lo agrio y áspero de los sentimientos lascivos, y destacando los dulces y simpáticos arranques del amor maternal. La lucha de un alma fluctuante entre el bien y el mal, se oye en los gemidos, se ve en las actitudes, sencillamente dramáticas, de la señora Ruiz. Por esto es más de sentir que en el monólogo del tercer acto desconociera la situacion, y se olvidara de que entre las sombras de la noche venía resuelta á cometer un asesinato, el más infame de los crímenes. El temor, el espanto, y, por último, la decision horrible de la perturbada conciencia de Magdalena no pueden expresarse con grandes gritos y entonaciones declamatorias: la idea tenaz que ahonda sus raíces en un cerebro enfermo, la tremenda batalla que libran el ángel bueno y el malo en las sombrías profundidades de la conciencia humana, más que el grito, más que el decir lleno y sonoro, requieren y exigen para su interpretacion el acento reconcentrado, que teme ser oído del mismo que lo pronuncia; el decir apagado y temeroso, el paso vacilante, la actitud indecisa, la movilidad severa de opuestos pensamientos, todos graves, encaminados todos á siniestro fin. La misteriosa elaboracion de la idea del crimen no se forma en Magdalena arrebatadamente, sino de un modo reflexivo: pudiera decirse que es una idea destilada (y perdónesenos esta frase) á través de todos los sedimentos del bien que restan en aquella pobre alma.

Esto en nada aminora los merecidos y entusiastas plácemes que corresponden por este triunfo á la Sra. Ruiz de Galvan, á quien regamos tenga en cuenta las anteriores indicaciones; que no hay cuadro, por bueno que sea, en que no se retoquen algunos perfiles.

Pablo es un tipo imposible y hasta insignificante en el desarrollo de la obra. No obstante, el eminente primer actor D. Pedro Delgado sorteó el *papelito*, logrando hacerlo simpáti-

EL ALABARDERO



Y con mano pródiga derramaron sobre ELLA sus beneficios.

co y agradable, que es más de lo que nunca pudo soñar el autor. Dijo con verdad y sentimiento las escenas del tercer acto, mereciendo ser aplaudido en la última con mucha justicia. Más valen los mudos aplausos y señales de aprobación de los entendidos que el estruendoso palmeteo de aquellos á quienes se duce un grito estentóreo ó unos movimientos desordenados y furiosos. Nuestra enhorabuena al Sr. Delgado.

La Srta. Rubio estuvo dentro de su papel, logrando la aprobacion de EL ALABARDERO, con lo que debe quedar más satisfecha que de haber puesto una pica en Flandes; tambien tenemos que aplaudir al Sr. Lopez Valois, que se mostró correcto y seguro de su papel, no siendo culpa suya la falta de expresion vocal para los afectos amorosos. Sólo el Sr. Torres, que acaso pensaba en alguna alhaja recién adquirida, estuvo como suele estar.

Cazar en vedado, Las penas del purgatorio y La sombra de Torquemada, corrieron con buena suerte entre las bromas de las noches de Carnaval, siendo aplaudidos los Sres. Mela y Galvan, y sacando nuestro D. Federico Carrascosa en *La sombra de Torquemada* la misma vistosísima casaca, cuya chillonería debía remendar, que lució en *Cazar en vedado*.

En dos de esas noches se presentó en el escenario del *modesto* la *Tuna Madrileña*, que ejecutó acertadamente algunas piezas musicales, captándose con justicia las simpatías y los aplausos del público.

Destinado el miércoles á la penitencia, no hubo funcion, y el jueves inauguró sus ejercicios la compañía Chino-Americana. El caballero Arr-Hee ejecutó con suma destreza y agilidad el precioso juego de las tres bolas y el abanico, que pertenece al género de los llamados icarios, y con admirable precision el titulado *El Guillermo Tell de la China*, en el que le acompañó su hijo Har-Toung, y el de las mariposas, que, apesar de ser muy conocido, llamó la atencion por su gracia y agilidad.

El Sr. P. Franklin hizo *equilibrios sobrenaturales* en el trapezio, demostrando gran serenidad, tacto, y vigor que le mereció repetidísimos aplausos. El juego de las espadas tragadas y el huevo mágico por Lau-Hoo estuvo hábilmente desempeñado, y el trampolin chino y las barras fijas por el joven Hee-Tseu puede decirse que, á más de ser un trabajo enteramente nuevo, en su conjunto es de gran mérito. Creemos que el público frecuentará este espectáculo, que, por su novedad é inmejorable ejecucion, poco ó nada deja que desear.

ALABARDAZOS

Memo, que es un buen muchacho,
Y está tocando el violon,
Dice que cierto poeta
De seráfico candor,
Que se ve de tarde en tarde
Y que hizo cierto *monton*,
¡Nunca ha sido alabardero!
¡Memo querido, por Dios!
¿Cómo se pudo escapar
Á tu gran penetracion,
Que ese joven siempre ha sido
Alabardero *Español*?

La otra noche iba EL ALABARDERO corriendo la tuna y le sucedió una aventura maravillosa.

Cerca del Duque hallóse acurrucada junto á un banco á una hermosura aérea, de formas esculturales, envuelta en girones de blanco lino (como debe decirse cuando se escribe en este género).

—¿Quién eres?—preguntó echándose atrás el chambergo y acercándose á la que parecia cuitada niña.

—¡Quién he de ser sino el *Pudor*, que vengo del salon de baile por no sufrir las *túrdigas* de los asistentes!

EL ALABARDERO frunció el entrecejo, y, mandando á paseo á la niña remilgada, le dijo con acento de dómine de aldea:

—¡Pudor, y en Carnestolendas!
Es preciso que lo vendas.

En Tocina han robado los ladrones
Patenas, cruces, cálices y lámparas,
Vinageras, ampollas, portapares,
Cucharillas, navetas y otras galas,
Como crismeras, tazas y copones
Que la iglesia de antiguo conservaba.
El día mejor leemos que los *cacos*,
Sirviéndose, cual siempre, de sus mañas,
Se han llevado, sin verlo el vecindario,
El abside, la torre y las campanas.

El Sr. Urbano Cortés, á vuelta de sus cosas, dice en la última *Historia de siete dias* que no es Urbano ni Cortés, sino Felipe Perez y Gonzalez, y que nada tiene que ver con EL ALABARDERO, enderezando á

éste de camino algunas pullas, que bien podemos llamar *filipicas* ó *filipinas*, puesto que proceden de un Felipe.

Vamos á cuentas y en serio. ¿Ha dicho alguna vez EL ALABARDERO que se honrase contando entre los suyos al Sr. D. Felipe Perez y Gonzalez? Nunca avinole en mientes tan nefando pensamiento; y si el público así lo cree, debe recordar el Sr. Perez y Gonzalez aquello de *Traidor, inconfeso y mártir*:

Si yo me parezco á un rey,
Y el vulgo por rey me tiene,
Citar al vulgo os conviene,
Pero no á mí, ante la ley.

Con lo cual entienda el Sr. Perez y Gonzalez que es al vulgo á quien debe sacar de su error, y no al honrado *papelito*.

De los escarmentados nacen los avisados, y de los pecadores los arrepentidos, y EL ALABARDERO cumple su deber manifestando que en la categoría de avisados y arrepentidos se hallan el Sr. Perez y Gonzalez y todos los alabarderos de la primera época.

La desercion fué general, y el *papelito* quedó en cruz y en cuadro hasta que llegó tropa de refresco.

¡Era mucho ALABARDERO el de la primera época!

Queda complacido el Sr. Perez y Gonzalez, si su deseo era promover esta explicacion, y siga escribiendo los siete dias de su historia, cuidando de no equivocarse, como ahora, suponiendo que EL ALABARDERO ha dicho que no es urbano ni cortés, cuando claramente, y con todas sus letras, dijo que no lo era de nombre.

¡Conque al avío, y á guardar el bulto!

* *

Más de doscientos alcaldes
En Sevilla habrán mandado
Antes que aquel montoncito
Se lo lleven á otro lado.

Sigue en la calle del Burro,
Y sigue sin novedad,
Y sigue haciéndole guardia
Un guardia municipal.

Cada día que amanece
Está más grande el monton,
Más apurado el maestro....
Y perdone usted por Dios.

Pero ¿por qué no lo quitarán? No á Dios, ni al maestro, sino al monton.

* *

Diz que está que se las pela,
Diz que quiere dar un palo:
Y yo digo: ¡Malo, malo!
Por no decir: ¡Mela, mela!

* *

El eminente primer actor Sr. D. Pedro Delgado ha terminado su temporada en el *modesto*, habiendo salido contratado para Almería. Dejámosle palmas, honra, provecho y mejores compañeros que los que deja.

Toda regla tiene excepcion, y ademas no incluimos á las señoras compañeras.

* *

En un corral:

—¿Qué es lo que trae usted ahí, Sr. Alcalde?
—Las cédulas para la declaracion de la riqueza pública.
—¡Ay, Sr. Alcalde, si no la tenemos ni particular!

* *

¡Temblemos!

Parece que el Municipio trata de celebrar dos cabildos semanales....
Antes era uno y no ganábamos para sustos, conque ahora.... ¡dos!
¡Cuando le digo á usted que le digo!

* *

¡Qué Carnaval y qué café Suizo!

¡Qué cultura, qué buenas formas, qué moderacion, qué gracejo y delicadeza en las bromas!

Pero, señor, ¿para qué sirven los agentes de la autoridad y la calsilla?

Para nada, porque cuando ahora no han servido....

* *

GALERÍA DE SEMBLANZAS ARTÍSTICAS

3.^a

Es otro primer actor,
Y alguna vez empresario;
Tiene algunas cosas buenas,
Mas no se le entiende hablando.

EL ALABARDERO

Se publicará una vez á la semana, y el precio de suscripcion será el de 6 reales trimestre. Para evitar cuidados á los suscritores, el pago será adelantado.

Se suscribe en la administracion y en las demas librerías. La correspondencia, originales y reclamaciones al administrador D. Fernando Serrano, calle Doña María Coronel 36, segundo, derecha.